

RESUMEN COMPLETO

¿Sabías que la felicidad, según uno de los pensadores más influyentes de la historia, no depende de tener lo que quieres? Suena raro, ¿verdad? Porque toda la vida nos han vendido que ser feliz es justo eso: conseguir lo que deseas. Pues San Agustín, hace mil seiscientos años, sentado a la mesa con su madre, su hijo y sus amigos, desmontó esa idea en tres días de conversación. Y lo que descubrieron juntos todavía golpea fuerte hoy. Quédate, porque vamos a recorrer "Sobre la vida feliz", capítulo por capítulo, y al final vas a mirar tu propia idea de la felicidad con otros ojos.

Antes de entrar en materia, conozcamos un poco a quien escribió esto, porque el contexto aquí lo es todo.

Agustín nació en el año 354 en Tagaste, norte de África. Su madre, Mónica, era cristiana; su padre, pagano. Y esa tensión entre dos mundos lo acompañó buena parte de su juventud. Fue un joven inquieto, brillante, con una vida bastante desordenada según sus propios estándares posteriores: anduvo metido en el maniqueísmo, coqueteó con el escepticismo de los académicos, probó la astrología, y durante años vivió atrapado entre la ambición de hacer carrera como retórico y una inquietud espiritual que no lo dejaba en paz.

El libro que vamos a recorrer nace justo en ese momento bisagra de su vida. Año 386. Agustín tiene apenas treinta y un años, está enfermo del pecho, acaba de renunciar a su cátedra de retórica, y se retira con su madre, su hijo Adeodato y un grupo de amigos a una villa de campo cerca de Milán, para pensar con calma antes de bautizarse. Él mismo lo cuenta con una imagen preciosa: habla de la filosofía como un puerto, y de los hombres como navegantes que llegan a él de tres maneras distintas, unos casi sin esfuerzo, otros tras naufragar en el mar abierto de los placeres y los honores, y otros, los más jóvenes, todavía indecisos entre dejarse llevar por el deleite o buscar la sabiduría. Y confiesa algo muy honesto: él mismo anduvo perdido durante años, primero por miedo infantil, después atrapado por una secta que veneraba la luz física, luego entregado al escepticismo de los académicos, hasta que por fin, leyendo algo de Platón y escuchando los sermones de su obispo, encontró rumbo. Lo que vas a escuchar ahora es prácticamente la transcripción de esas conversaciones de sobremesa, escritas por él mismo poco después.

Capítulo I — El prefacio, o por qué este libro existe

Todo arranca con una carta dedicada a un amigo, Teodoro. Agustín le explica esa metáfora del puerto que te acabo de contar, y luego cuenta la escena exacta: era su

cumpleaños, trece de noviembre, y después de una comida sencilla reunió en la sala de baños de la casa a su madre Mónica, a su hermano Navigio, a sus alumnos Trigeo y Licencio, a dos primos suyos, y al más pequeño de todos, su hijo Adeodato, que por cierto tiene un papel sorprendente en esta historia, porque siendo un niño, suelta algunas de las frases más certeras de todo el diálogo. Ahí, con todos reunidos, empieza la conversación.

Capítulo II — El primer día: de qué se alimenta el alma

Agustín lanza la primera pregunta y es casi una trampa amable: ¿estamos de acuerdo en que el ser humano es cuerpo y alma? Todos dicen que sí, menos su hermano Navigio, que de entrada confiesa que no sabe nada con certeza. Y en vez de regañarlo, Agustín lo lleva de la mano, pregunta tras pregunta, hasta que el propio Navigio admite que sí, al menos sabe que vive y que tiene cuerpo.

De ahí salta a algo precioso: si el cuerpo se alimenta para crecer, ¿el alma también tiene su comida? Su madre responde sin titubear que el alma se nutre de conocimiento y de ciencia. Y Agustín construye sobre eso una idea que se te queda clavada: así como un cuerpo sin comer se enflaquece, un alma sin sabiduría se llena de vicios, se vuelve famélica por dentro aunque por fuera parezca que no le falta nada.

Y entonces llega la pregunta que sostiene todo el libro: ¿todos queremos ser felices? Claro que sí, dicen todos. ¿Y es feliz el que no tiene lo que quiere? No. ¿Y el que sí tiene todo lo que desea? Aquí su madre suelta una frase que deja a todos de piedra: depende de qué desee. Si desea cosas buenas y las consigue, sí; si desea males y los consigue, es un desgraciado. Agustín queda tan sorprendido con la respuesta de su madre que le dice, casi en broma, que acaba de conquistar el castillo mismo de la filosofía.

De ahí van armando, pregunta a pregunta, una conclusión muy concreta: para ser feliz hace falta algo permanente, algo que la fortuna no te pueda arrebatar de un día para otro. Las riquezas se pierden, la salud se va, los honores cambian de manos. Entonces, ¿qué cosa es eterna y no se pierde nunca? Dios, dicen todos sin dudarlo. Y de ahí sale la primera gran conclusión del libro: es feliz quien posee a Dios. Y aquí el pequeño Adeodato, con esa frescura de los niños, suelta algo que deja mudos a los adultos: posee a Dios quien tiene el alma limpia de todo espíritu impuro. Esa noche cierran la conversación con una broma sobre los escépticos académicos, a quienes Mónica, sin ningún miramiento filosófico, llama directamente "los caducarios", como quien dice, los que están un poco tocados.

Capítulo III — El segundo día: ¿se puede poseer a Dios?

Al día siguiente retoman justo donde lo dejaron, y aquí Agustín se pone exigente consigo mismo. Porque si decir "tiene a Dios" es lo mismo que decir "vive bien" y

eso es lo mismo que decir "tiene el alma pura", entonces, ¿quién busca a Dios y todavía no lo posee, qué le pasa? La conversación se enreda con elegancia, casi como un juego de lógica, hasta que Navigio hace una observación incómoda: si el que busca a Dios todavía no lo tiene, ¿cómo puede ser feliz? Y si no es feliz, volvemos al punto de partida.

Mónica resuelve el nudo con una distinción finísima: una cosa es poseer a Dios, y otra muy distinta es no estar sin Dios. El que vive bien tiene a Dios propicio, favorable. El que vive mal lo tiene como adversario. Y el que todavía lo busca, sin haberlo encontrado del todo, no lo tiene ni a favor ni en contra, pero tampoco está separado de él. Es ese matiz tan humano de estar en camino, ni perdido del todo ni llegado todavía. Y Agustín cierra el día con una clasificación que vale la pena recordar: quien ha encontrado a Dios y lo tiene propicio, ese es el dichoso. Quien lo busca, lo tiene propicio pero todavía no es dichoso del todo. Y quien vive alejado por sus vicios, ni siquiera lo tiene a favor.

Capítulo IV — El tercer día: la verdadera pobreza no es la que piensas

Bajan al jardín, se sientan en el prado, y Agustín lanza la pregunta más afilada de todo el libro: ¿todo el que es desgraciado, lo es porque le falta algo? Y aquí desmonta, con paciencia de maestro, la idea que todos tenemos metida en la cabeza de que la riqueza material te salva de la miseria. Pone el ejemplo de un hombre riquísimo, con salud, con amigos, con todo lo que se le antoja, y pregunta: ¿este hombre es feliz? Licencio responde algo muy inteligente: ese hombre, por más rico que sea, vive con miedo a perderlo todo. Y Agustín lo atrapa ahí: ese miedo no nace de la pobreza, nace de la falta de sabiduría.

Y entonces llega la idea central de todo el libro, la que de verdad vale la pena llevarse a casa: la única indigencia real, la única pobreza que de verdad te hace desdichado, es la falta de sabiduría. El que tiene sabiduría, aunque no tenga nada más, no le falta nada. El necio, aunque lo tenga todo, vive en penuria constante. Y esa sabiduría, dice Agustín, no es un conocimiento cualquiera, es la Verdad misma, y para él esa Verdad tiene nombre propio: es Dios. Por eso el hombre feliz, el que de verdad alcanza esa plenitud sin grietas, es el que se mide a sí mismo con esa Verdad eterna, y no con las cosas que el tiempo y la fortuna le pueden arrebatar en cualquier momento.

Y aquí su madre cierra la jornada recitando unos versos sobre la Trinidad, con esa fe sencilla que atraviesa todo el diálogo, y dice algo que resume el viaje entero: esta es la vida feliz, porque es la vida perfecta, y a ella se llega con fe, con esperanza y con amor.

Lo que más me sorprende de este libro, sinceramente, es que no es un tratado lejano ni una lección desde un púlpito. Es una conversación de sobremesa, con

risas, con un niño que sorprende a los adultos, con una madre que termina dando lecciones de filosofía sin haber pisado una escuela. Y de ahí sale una idea que sigue siendo verdad hoy: la felicidad no está en tener todo lo que deseas, está en desear lo que de verdad te llena, lo que nada ni nadie te puede quitar. Mientras sigamos buscando la dicha en lo que se puede perder de un día para otro, vamos a seguir con esa sensación de que algo nos falta.